

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 27 de

Junio de 1889

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES**Puntos de Suscripcion**

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Discurso.—De la visita de un muerto.—Suscripcion.

DISCURSO

pronunciado por la Srta. D.^a Natalia Masagué y Figueroa en los salones de la Sociedad de Instruccion y Recreo (Luz del Progreso, del poblado de Fomento (isla de Cuba.)

Señoras y señores:

Esta noche me he propuesto decir algo sobre la educacion de la mujer; pero al dirigiros la palabra, no creais que me anima la elocuencia del orador, ó la inteligencia del sabio; me alienta solo el deseo que tengo de que la mujer progrese, que despierte de ese profundo sueño en que se halla sumida tantos siglos ha; pues raya para ella el alba de la ilustracion, y es necesario que lleve su grano de arena al edificio del progreso, y como estamos en la conviccion de que se celebran estas veladas para el adelanto de ambos sexos, me atrevo á tomar parte en estos actos; si así no fuera, me veria precisada á retirar mi palabra, pues ni mis facultades intelectuales, ni mi limitada instruccion, me permiten ocupar este lugar. Convencida de lo espuesto diré; ¡Qué importante es la mujer y que insignificante! Qué mision tan sublime la suya si es ilustrada; en cambio, si es ignorante, lejos de cumplir los deberes que la impone la sociedad, sucumbe dominada por su ceguera al lodazal de impuros deseos.

Ya que vosotros, Sres. socios, habeis sido tan bondadosos, os felicitamos, pues nos habeis abierto las puertas de un Coliseo en donde podemos admirar las grandezas de la ilustracion ¡Templo mil veces bendito, en el cual nuestras pobres inteligencias podrán rendir culto á las imágenes del progreso! Benditos seais, Sres., porque mientras la ciencia histórica solo ha tendido á endurecer vuestros corazones, refiriéndonos con impasible crueldad hechos bárbaros de los cuales ha sido victima nuestra débil clase, hoy vosotros trocáis nuestra desesperacion en risueñas esperanzas, y meceis nuestros sueños fatigosos con encantadoras y mágicas ilusiones.

La mujer, desventurada parte de la humanidad, ha sido siempre el blanco en donde han acestado sus tiros empozoñados los que han propendido al dominio y á la servidumbre del pueblo. Moisés, hombre sagaz, instruido entre los sabios egipcios tuvo la feliz idea de anatematizar á la mujer por el inconcebible delito de desobediencia á Dios en el paraíso: ella tuvo la culpa, segun él, de que la desdicha tendiera su manto á la humanidad, pues asegura, que robó la felicidad con que Jehová había dotado al género humano.

Allá, en mis ratos de descanso, he meditado mucho sobre tan absurda historia, y el que sea un poco razonable comprenderá que siendo Moisés el único historiador de la antigüedad que nos dejó este legado, mal podía dar fé de hechos que tuvieron lugar 2,553 años anteriores á él; sin embargo, ha sido lo suficiente para que esta fatalidad soñada se haya propagado de generacion en generacion hasta tocarnos en la actualidad.

¿Y qué diremos de aquel célebre concilio de Macon en donde se discutió la posibilidad de conceder á la mujer un puesto en la sociedad, y despues de acalorado debate por tres votos de mayoría se nos concedió el que pudiéramos tener un alma..! ¡Insensatos....! ¿Y de quien serian hijos esos santos padres? ¿Quién les daría el primer alimento? ¿Quién sostendría sus inseguros pasos cuando comenzaron á andar? De seguro que sería una mujer ¿No comprendéis Sres, que sin ella, aquellas existencias hubieran sido nulas... ¡Ingratos! Y pagaron á la que les dió el ser y prestó solícitos cuidados en su infancia, atravesando su noble corazón, con el dardo envenenado del desprecio! Dignos son de compasion, pues que arrojando lodo á la frente de sus madres, degradaron su divino origen!

Aprisionada la mujer en la cárcel de la esclavitud, herida por los crueles dolores del pasado, cayó sin señales aparentes de vida en el lecho del dolor.... ella, que está llamada á salvar una sociedad que ha constituido, y que no puede existir sin su intervencion, no puede guiarla como es necesario, porque encadenada en los estrechos límites de sociedades incultas, ha marchado siempre á ciegas al cumplimiento de sus deberes. Por eso es necesario que la mujer se eduque, que se instruya; es necesario que se levante cuando antes de la lóbreguez de la ignorancia, pues ante ella se abren hoy las puertas de la civilizacion, brindándole lo que tan digna la hace ante Dios y ante los hombres. ¡La ilustracion! De este modo ocupará el puesto que le pertenece y en la familia se dejarán ver á cada paso las huellas de sus adelantos.

¿Qué es la mujer sin educacion? Es como un árbol sin hojas, una flor sin aroma, es una gota de agua perdida en el vasto océano de la vida, sin dejar huellas de su paso. Nada importa que una jóven esté dotada de esos encantos físicos, que conocemos bajo el nombre de hermosura, si antes no ha sabido cultivar las dotes de su inteligencia. Los planetas tienen satélites que giren á su rededor; á ella tambien la rodearon miles de adoradores fascinados por su belleza deslumbradora; pero ¡ay!. Ellos buscarán tambien perfecta consonancia con el desarrollo de su inteligencia y..... figuraos el terrible pánico que se apoderará de ellos cuando véan que el desventajoso contraste, eclipsa la hermosura que la favorece.

Nacemos para vivir, ascendiendo por la escala de la ancianidad que forman los años de nuestra existencia, y la inexorable ley de la naturaleza no nos permite ni un momento de descanso, y cuando la mujer, que ha vivido alentada solo de falsas ilusiones ha subido los últimos peldaños, llora..... llora, por que los años pasados se han llevado en pos de sí, aquellos cánticos que entonaban sus adoradores á la diosa más preciosa que adornaba sus salones, aquellos aplausos que recibía, cuando su belleza física estaba en su apogeo, los ha reemplazado un silencio sepulcral, aquella hermosa jóven, ha desaparecido de la escena y en el lecho del olvido, con la mirada sin brillo, la frente marchita, y la tez pálida y arrugada, llora la anciana sus extravíos.

En vano vuelve la vista hácia atrás, y saltando por el oscuro campo de la vejez, va á buscar en su juventud el recuerdo de un momento feliz ¡Ay! Triste le halla, pues no encuentra en el libro de su historia una sola página en que sus hechos certifiquen que ha llenado sus deberes en la sociedad, y menos en el hogar doméstico, y encontrándose al fin de su camino, la espanta el abismo que la cerca, pues carece ya de fuerzas para salvarlo.

En vano se tratará de elevar la cúpula de un edificio, si antes no se pone la primera piedra de su base, si en el corazón de la mujer no hay una sola fibra que se estremezca al eco que produce la voz de la civilización, podeis contar desde luego que no nacerá de ella ningun noble sentimiento, y cuantos esfuerzos se hagan serán inútiles para apartarla del abismo que se abre a sus plantas, y en el cual está próxima a caer; pues camina sobre un suelo resbaladizo sin saber donde ha de dirigir sus pasos, y cuanto más anda, cuanto más se afana, más pierde el anhelado sendero, va y viene sin objeto, pues carece de norte, que ha de guiarla en el borrascoso mar de la vida; mientras la mujer no se eduque, no caerá la venda que cubre sus ojos y ciega, marchará por el ruinoso borde de la montaña que se levanta al lado del insondable lago de la corrupción.

La mujer, desprendida de las ideas sofisticas, que abrigaban nuestros antepasados, dotada de un corazón amante y generoso, de una imaginacion rica y creadora, apasionada de lo bueno, de lo grande, de lo sublime, será el ángel del hogar, y estos atributos se complementan con una educación sana y una instrucción sólida y variada, será la incansable obrera de la reforma social y su inteligencia, el arca donde guardará los tesoros más valiosos de la vida.

La mujer indudablemente es el barómetro de la evolución humana y su importancia no puede desconocerse sin caer en un grave error. A su lado, siempre encuentra amparo la familia. Cuando hija, mientras recoge las sabias instrucciones de una madre ilustrada, cariñosa y humilde, sirve de báculo a sus ancianos padres; y cuando esposa, cura, en su inagotable fuente de ternura, los dolores morales que abruma a su compañero cuando la fatalidad haya echado por tierra los planes que levantaban sus cálculos, apoya sus ideas, cuando estas vayan encaminadas a fomentar la felicidad de la familia, constituyéndose en juez para rechazarlas con argumentos razonados, cuando puedan labrar la desdicha de ambos, y por último, participa de las mismas alegrías del esposo, cuando éste ha tenido buen acierto en sus empresas.

¡Madre! ¡Que misión tan noble es la suya! Ella es la encargada de quitar los abrojos del camino que han de correr sus hijos, la que ha de pulir los sentimientos que anidan en el corazón del niño: ella la que ha de nutrir aquellas tiernas inteligencias en las verdades puras, desnudas de mistificaciones, inculcándoles los primeros rudimentos de la ciencia: su voz tiene algo de sublime; de magestuosa, cuando satisfaciendo la natural curiosidad de sus hijos, les explica el porqué de todo lo que existe. Si ayudada del telescopio de su observación vé despuntar un vástago malo, corre presurosa a arrancarlo, no sea que creciendo, marchite con su malévola sombra, los tiernos capullos que crecen lozanos en tan precioso jardín. En una palabra, la madre es el todo, porque sin su previsión, sin su constante vigilancia, el hogar presentaría el espectáculo de una horda de salvajes, en donde cada cual caminaria al lugar que su instinto le llevara.

Por último, cuando ha concluido tan árdua tarea, cuando el albo cabello orne su sien, será la excelente profesora, ora de sus hijos, ora de aquellos que vayan a ella en busca de un consejo.

Al borde de la tumba, sintiendo ya resbalar por su garganta la fria cuchilla de la muerte, el sol de la gratitud que alienta a su familia, restaña sus heridas, el génio de la libertad la envuelve en su manto, y el pueblo con sus hijos, reemplazan la corona de espinas que llevó durante su vida por una de laurel, y entonces muere, pero vive la obra que ha dejado comenzada, como vive la máquina que nos dejó el inventor, cuando, el soplo helado de la muerte le llevó a descansar eternamente en la fosa.

¿Veis, amigos y compañeros? y ¿Qué seria de nosotras, si despreciáramos tan hala-

güenos momentos, como los que os brindan nuestros amigos (los socios de este Centro) con sus veladas, procurando no solo que nos eduquemos, si que tambien nos instruyamos?

Esta es la mejor de las riquezas, y por esto creo que no me equivoco al decir que nuestro adorno principal, no consiste en que llevemos más ó menos lujosos trajes, que solo ambiciona la mujer vanidosa; quitemos de nuestra vista la venda que nos tiene sumida en la oscuridad, y entonces, ataviadas con las joyas que nos brinda la «Luz del Progreso,» tendremos una bella diadema mucho más resplandeciente que todos los diamantes reunidos, y saciando la sed de ilustración que tanto sentimos, bendeciremos á tan útil institución y á sus bondadosos cooperadores.

He dicho.

De LA VISITA DE UN MUERTO, de Marietta

Al señor Vizconde de Torres Solanot en prueba de admiracion y respeto. (1)

S. S.

Marietta, después de muerta es conducida por un espíritu invisible, su ángel protector, á que perdone en Granada á su rival Estrella, causa de la separacion y muerte de Rafael.

I.

Pronunciadas estas frases en la altura celestial, anegada en golfos de oro comencé á bajar... bajar, con lentitud al principio, despues con velocidad. Y era el rápido descenso más veloz, cada vez más, cual si cada vez mi cuerpo aumentase en gravedad. Tanta por último fué la rapidez del bajar, que estremecida de espanto, y escapándome un ¡ay! cerré los ojos, tendí los brazos con ansiedad, y busqué de donde asirme en el abismo fatal. —Sin miedo!—dijo en mi sér una estraña voluntad; y á la proteccion del cielo abandonándome ya, fuí bajando... fuí bajando sin temer, sin vacilar, siendo el rápido descenso más lento, cada vez más hasta que por densa masa rozando mis plantas van,

no como cuerpo que choca, sino cual onda del mar que mansamente en la playa besa la arena y se vá. —Granada!—díjome el guía: —Granada!—clamó mi afán; y allá á lo lejos—Granada—suspiró el aura fugaz. ¡Tierra en que nació Rafael, cuna de mi dulce imán, déjame que de rodillas te de un ósculo de paz!

II

Una cámara espaciosa, techo de bóvedas alto; lujosos muebles en órden, á la molicie invitando. Sobre la puerta de acceso que medio ocultan los anchos pliegues de vasta cortina, escudo de armas dorado. Dos celosías que ofrecen á la luz y al aire paso; que de corpulentos árboles el follaje ver dejando, muestran arábica torre y excelso domo lejanos. Á ambos lados de la puerta

(1) Deseando complacer á nuestros lectores, insertamos la bellissima poesia que el Cantor del Espiritismo (Salvador Sellés) publicó en el «CRITERIO» preciosa perla que viene á enriquecer la literatura espiritista.

dos magníficos retratos;
de augusta dama es el uno;
es el otro de gallardo
caballero, que sostiene
en su diestra rico casco.
Retratos son de familia,
pues encima de los marcos
resplandece el mismo escudo
que en la puerta vibra rayos.
Frente á frente de la entrada
en amplísimo retablo,
del glorioso San Estéban
el suplicio cruel y trágico.
Cerca de las celosías,
vasta mesa que gran paño
carmesí magnificándola
cubre por todos los lados.
Sobre él, gustos y aficiones
de una dama delatando,
llena la mesa de objetos
tan preciosos como vários.
Entre la rica y brillante
colección, áureo recado
de escribir y hermoso libro
cuyo pergamino blanco
verdes cintas engalanan,
ciñen lindísimos lazos.
Junto á la mesa, sillón
góticamente tallado.
Ved lo que ví: ved en donde
me encontré, cuando mis párpados,
al tocar mis plantas tierra,
se atrevieron y se alzaron.
En la más cercana silla
desplomóse mi cansancio,
y mis sorprendidos ojos
á todas partes miraron.

III

—No de tus ojos la sorpresa extraño:
díjome el guía con su blando acento;
quiero librarte del estéril daño,
del mal de dar á tu razon tormento.

Pliega las alas del afán que trae
tu conturbado corazón rendido;
voy á decirte lo que aquí te atrae,
y á revelarte para que has venido.

Aquí fué donde con hechizos tantos
prender supieron en urdimbre fuerte
á Rafael, la astucia y los encantos
de una mujer que le mintió tu muerte.

¡Mentira cruel! De su rigor esclava,
detuvo en este camarín la yerta
planta el mancebo, cuando más ansiaba

volver, volar á tí... Creyóte muerta.

Creyóte muerta porque así lo hicieron
ver á sus pobres sorprendidos ojos,
que de tanto llorar enrojecieron.
Y han pasado dos siglos y están rojos.

Creyóte muerta cuando más la llama
de su pasión hácia tu ser ardía,
y al descubrir la tenebrosa trama
huyó de aquí... A Nápoles volvía.

Y un mensaje fatal su paso cierra,
y una falaz prision trueca su suerte...
¡Ay! desde aquí se le mandó á la guerra...
¡No! desde aquí se le mandó á la muerte.

Tú le has visto morir: tú has contemplado
su mortal palidez; y en su agonía,
al hervor de su pecho ensangrentado,
suspirar, sollozar: *Marietta mia!*

Vas ahora mismo á conocer á Estrella;
que este es el nombre de la oculta dama
que te causó la desventura aquélla
por quien tu idilio terminóse en drama.

Pero la vas á conocer tan solo
para que sientas compasión, perdones,
y olvides noble y generosa el dolo,
la traición que partió dos corazones.

Eres tú buena y el perdón preciso:
que ese astro celestial sus rayos vibre
allá en tu corazón, y un Paraíso
se abrirá ante tu pié sereno y libre.

Inquieta la verás; es que ha soñado:
es que ha asistido en sueños á la muerte
del triste Rafael, y aun no ha logrado
desechar la impresión que ha sido fuerte.

Ahí está—dijo el ángel, y al momento
calló; calló, y en la solemne calma,
no sé lo que pasó en mi pensamiento;
pero se que rugiente y turbulento
un mar de indignación llenóme el alma.

IV

Sobre sus gonces girando
crugió la artística puerta;
de la opulenta cortina
se levantó la amplia tela,
y con respeto inclinando
y sumisión la cabeza,
gentil doncella dió paso
á una beldad, á una inmensa
ola de luz al avance

de todo un sol.—Era Estrella.
 ¿Qué admirar más en la diosa
 deslumbradora? Presencia
 de magestad soberana
 y olímpica altivez llena;
 bello y riquísimo el traje
 de rozagantes bayetas;
 pomposas mangas perdidas,
 nevada y riza gorguera
 sobre la cual los pendientes
 cargan enormes dos perlas;
 delicadísimos trazos
 de faz arábica y tersa;
 labios de púrpura ardiente
 boca balsámica y fresca;
 de ébano puro y brillante
 la opulentísima trenza,
 que el encrespado cabello
 en gran rodete sujeta.
 Bajo los excelsos arcos
 de las finísimas cejas,
 rasgados los negros ojos
 que intensos relampaguean,
 y al corazón que los mira
 sin compasión atraviesan.
 ¡Ved mi rival; ved la causa
 de mi amarguísima pena!

Con ademán imperioso
 y altivo gesto de reina,
 hizo salir de la estancia
 á la gentil camarera;
 dirigió lentos sus pasos
 hácia el sitial de la mesa,
 ocupó el gótico asiento
 del buril, obra perfecta;
 apoyó el izquierdo codo
 en el sillón, la cabeza
 en la bellísima mano,
 y vagarosa una niebla
 de pesadumbre envolvió
 sin apagarla, á la estrella.
 —¡Qué hermosa! dije invisible
 en mi penumbra; y con pena
 al cielo alzando mis ojos,
 añadí:—Bondad suprema,
 ¡cuánta luz, qué resplandores
 en un ángel de tinieblas!

V

Al contemplar la hermosura
 de tan magnífica estrella,
 y al recordar que por ella
 fué sojuzgado Rafael,
 por primer vez en mi vida
 que acibararon los duelos,
 del gran dolor de los celos
 bebí los golfos de hiel.

Tal es, ¡oh hirvientes pasiones!
 vuestro poder vivo y hondo,
 que hasta en el lúgubre fondo
 de la mortuoria mansión,
 do todo es sombra y olvido,
 ceniza en paz, polvo yerto,
 conmoveis del pobre muerto
 el dormido corazón.

¡Con qué agitación delante
 de aquella mujer, sombrío
 arrebatándose el mio
 sentí en mi pecho latir!
 ¡Y con qué luz desde el seno
 de mi profunda memoria,
 de mi tristísima historia
 ví el panorama surgir!

Me contemplé en mi ventana
 hácia las ruinas mirando;
 dándolas culto, adorando
 al dios ausente: á Rafael.
 Ví que el invierno llegaba
 la primavera sonreía,
 y todo, todo volvía,
 todo volvió, menos él

Llamábale en el silencio
 de un pensamiento divino,
 que del pensil granadino
 hizo perpétuo su imán.
 Allí mi espíritu vuela;
 pero mis plantas detienen
 olas del golfo que vienen,
 olas del golfo que van.

¡Ya al puerto arriba una flota!
 ¡él viene allí! ¿quién lo niega?
 ¡él es!.. ya avanza!.. ya llega!..
 ¡gracias! ¡qué júbilo! ¡oh Dios!
 Ya es nuestras almas un alma,
 ¡una no más nuestras vidas!
 ¡Ay, esperanzas fallidas,
 ¡ay ilusiones.. adios!

Y yo lloraba, lloraba,
 y el alma se me moría,
 y Rafael se pudría
 bajo tierra... y este sér!..
 ¿Por qué no estalla en el cielo
 dormido en hondo desmayo
 cólera mayor que el rayo
 contra esta infame mujer?

¡Mujer!.. es mujer, y vióle;
 ¿quién si le vé no le admira?
 verle y no amarle, ¡mentira!
 debió de amarle cual yo;

con un amor de los cielos,
dulce, profundo, infinito...
¿y es el amar un delito
digno de cólera? ¡oh no!

Ved mis mortales congojas,
En mi tremenda agonía
¡ángel de la guarda mía!
clamé con loca ansiedad;
tú, que mis ansias contemplas,
mi hirviente plegaria escucha;
¡paz en mi trágica lucha!
¡bonanza en mi tempestad!

No fué mi súplica vana;
no fué mi férvido ruego
desatendido, pues luego
que exhalé el hondo clamor,
sentí en mis sienes henchidas
de pensamientos insanos,
la imposición de unas manos,
de un dulce aliento el calor.

En los dudosos intentos
de mi cobarde tibieza,
se renovó la firmeza
del reluchar, del vencer,
y comprendí que rendirme
en tan funestas batallas,
era enredarme en las mallas
de mi venganza, y caer.

No. No lo quise. Y hallando
fuerzas en mí portentosas,
las esgrimí victoriosas
contra mi ardor infernal.
Lancé en mi lid las falanges
de mis virtudes que duermen,
y sofocado fué en germen
el sentimiento del mal.

En tan solemnes instantes
¿qué objeto el odio tenía?
Con él cebarme sería
mi propio abismo cavar.
¡No! prorrumpí; y dominando
de mi pasión la vehemencia,
sentí un momento clemencia
y me incliné á perdonar.

Me erguí para mantenerme
más resistente en la lucha,
mi mano oprimió con mucha
violencia mi corazón
do el bien y el mal batallaban
entre el tormento y el gozo,
y un alarido, un sollozo,
hizo en mi sér explosión.

Arrebatada, lanceme
de mi rival en los brazos,
entre fervientes abrazos
la dí el ósculo de paz,
y roto el dique do hervían
mis sentimientos opresos,
suspiros, lágrimas, besos,
todo lo mezclé en su faz!

¡Gracias, señor de la altura!
clamé. Cayeron diluvios
de celestiales efluvios
en mi magnánima acción,
y excelsa voz soberana
dijo en mi sér, pronto al vuelo:
¡Sea la luz! Y fué el cielo
dentro de mi corazón.

VI

Salve, Marietta! Tú sabes
perdonar... Tú has perdonado;
de tan magnífica ciencia
revela el mágico arcano.
Vé de nuestros corazones
el reluchar... Somos náufragos
del rencor en negra noche
y horrendas olas... Sé el faro!
No mas aborrecimientos,
no más cóleras... No trágicos
y vengativos los ojos
persiguiendo al adversario!

No mas rechinar de dientes,
crispar de puños... Que el rayo
de la indignación se apague
en nuestra suspensa mano...
¡que brote en ella la antorcha
del amor!.. ¡Que surja el astro!
¿Que es todo aquel que nos hiere
sino un misérrimo hermano,
al que retornan las flechas
que nos asestas por blanco?
¡Carcaj del perdon, agota
contra sus flechas tus dardos!

¿Para qué olímpicas iras?
¿Contra qué furor jeováico?
¿Qué sol puede hacer la sombra?
¿Qué Dios puede hacer el daño?
¿Quién la corriente divina
contrarrestar ha soñado?
Hombre ¡tú puedes hacer
el dolor... el dolor santo
que nos redime; no puedes
hacer el mal: que anhelándolo,
serás gigante infinito
para el bien; para el mal, átomo!

Desde el espléndido géneo
 hasta el infusorio humano,
 ¿qué sér en nuestros abismos
 no ha recibido un agravio?
 ¿quién no agravió? ¿quién no espera
 algún perdón de lo alto?
 ¡Urna de amor de los cielos,
 vuelca tu luz; nuestras manos
 la verterán en cascadas
 de oro —bautismo sagrado,—
 sobre las frentes sombrías
 de los que esperan abajo!

Perdón y amor para todo
 lo tenebroso y lo malo:
 para la pálida envidia,
 para el furor sanguinario,
 para el anónimo infame,
 para el puñal vil y bajo,
 para el brutal egoismo
 bestia sin ojos en su antro...
 pasemos ¡ay! por encima
 de tanta sombra, ignorando,
 compadeciendo pasemos
 ¡oh Dios, por infierno tanto!

En estos negros abismos
 ¿qué hemos de hallar sino ingratos?
 ¿Qué Prometeo no gime
 y se debate en su Cáucaso?
 ¿En qué Vesubio no espira
 libertador Espartaco?
 ¿Qué descubridor de mundos,
 qué gran Colón el Atlántico

no tornó á cruzar, de hierros
 y de calumnias cargado?
 ¿No han ensanchado el planeta?
 ¡pues que sucumban esclavos!

¿Sócrates da un Dios?—¡Cicuta!
 ¿Jesús da un cielo?—¡Calvario!
 ¿Da Leverrier una estrella;
 da Flammarión cien mil astros,
 que son cien mil universos
 de humanidades cargados?
 ¡pues en sus cruces devoren
 la amarga hiel del escarnio!
 Pero ¿qué importa? nosotros,
 hijos de Kardec, bajamos
 del infinito una estrella:
 la revelación: matadnos.
 Crucificad en espíritu
 nuestro sér: os perdonamos.

¿No es esto, mártir del Gólgota,
 cumplir tus tiernos mandatos?
 ¡Oh, sí! ya en fúlgidos golfos
 de áurea luz te columbramos;
 ya al escucharnos levantas
 penosamente los párpados;
 ya hácia nosotros conviertes
 el rostro sangriento y pálido,
 y honda mirada nos lanza
 tus muertos ojos... Ya el labio
 que perdonó á tus verdugos
 mueves... ya exclamas: ¡Hermanos,
 perdonad siempre lo mismo
 que nosotros perdonamos!

SALVADOR SELLÉS.

SUSCRICION PARA LAS DOS ANCIANAS DE ANDUJAR.

Lista nominal de los hermanos espiritistas que hasta esta fecha se han comprometido á contribuir con una peseta mensual para el sostenimiento de las venerables Ancianas, madre y tia del inmortal Gonzalez Soriano

Suscriptores.	Domicilio.	Ptas.	Cénts.
D. Manuel Navarro Murillo.	Trugillo.	1	
D. Tomás Cubero de Jubera		2	50
Del Angel Araceli.		1	
Doña Cecilia Mañez.		1	
» Ana Estopa.		1	
» Dominga Estopa..	Gibraltar.	0	50
D. José Meana.		0	50
Srta. Eugenia N. de Estopa.		1	
Centro Espiritista de.		2	50
Srta. Doña Regina Goyanes	Coruña.		50
D. Manuel Sanz Benito.	Guadalajara.		50
Centro la Esperanza.	Andujar.	2	
	Total.	14	

Andujar 31 de Mayo de 1889.